

escribirte estas líneas, que termino ya porque está bien entrada la noche y han sido demasiado extensas.

Hasta otra vez, amada María.

F. S. G.

Guadalajara, Octubre 12 de 1877.

QUERIDA MARIA:

Mucho tiempo he dejado de escribirte, pero recordarás que dije en mi anterior, que lo verificaria cuando estuviera próximo á salir de esta ciudad, y como hoy es la víspera, cumpla mi palabra, dándote cuenta de los demás detalles referentes á ella. En mi anterior te hice una reseña de

los principales edificios y de lo más notable que ví á mi llegada; hoy, despues de algun tiempo de residencia, en vista del conocimiento que he adquirido de las costumbres y caracteres de los habitantes, así como de otras cosas que he visto, concluiré bosquejando mis impresiones para que te formes una idea mas completa acerca de lo que es Guadalupe, física y moralmente.

En todo el trascurso de un año hay tres paseos principales: del de la Alameda hablé ya, que es en la estacion de la seca, y se verifica diariamente; ahora diré algo sobre el de las Barranquitas, que es el de las aguas, y despues mencionaré el de San Pedro. El primero, el de la Alameda, tiene un caracter mas sério, tanto por su forma, como porque la concurrencia en su mayor parte es más escogida; este paseo remeda, por sus caracteres aristocráticos, al de Bucareli de México.

El de las Barranquitas se parece igualmente al de la Viga, de la misma capital, porque tambien es popular y

afluyen á él todas las clases de la sociedad los dias de fiesta. En efecto, ¿no se podria decir, sin equivocacion, que este paseo es más bonito y poético que el de la Alameda, porque la misma variedad lo hace risueño?

Los dias de fiesta, desde las tres de la tarde, millares de carruajes corren por todas las calles adyacentes á las barranquitas, especialmente en la que está a la línea recta; mucha gente de a pié y á caballo, las lindas chinas (1) jaliscienses, luciendo su donaire y gallardía, ora en la compuesta enagua de seda, ora en el rebozo (2) que llevan con exquisita gracia; ora tambien en el coqueto zapato ó botín, brillando en el primero una *mancuernilla* de oro; ya, mas particularmente, en esa mirada lasciva, que enciende el fuego en los coranes mas helados.

¿Y qué diremos de ese ramillete de

1 Muger del pueblo.

2 Especie de chal de hilo ó de seda, color azul, negro ó café.

olorosas flores que se ostenta gallardo engalanando las aceras de toda la larga calle del paseo? Lindas morenas de ojos de azabache y rizos de ébano con una crespada pestaña que aduerme la mirada blandamente; rubias con cabellos de oro y ojos de color de cielo, de un mirar apacible; caras sonrosadas, que han robado su púrpura al clavel mas delicado, y cuellos largos, rizos castaños, ondean levemente acariciando un cuello de cisne; y beldades que muellemente reclinadas sobre los almohadones de sus sofás y los respaldos de sus sillones sonrien de amor; desplegando dulcemente sus labios de coral á la vista de un doncel, que ligero cual una exhalacion ha pasado hincando la espuela en los hijares de su caballo al desfilarse frente á su adorada.... millares de objetos, en fin, que llenan el corazon de los paseantes y les dejan impresiones muy profundas.

Toda la gente va y viene en la avenida principal de este paseo, y en su término, que es un pequeño llano con algunas desigualdades en el terreno y

bancas de piedra, se sitúan multitud de grupos, ya en pié, ya sentados, ya en movimiento; carruajes y caballos que se mezclan en la muchedumbre, otros que forman dos hileras en uno de los lados del campo, como soldados en batalla; muchachos que triscan con sus borregos; otros que con risueña algarrabía dan vueltas en el volador, y hacen columpio ó suben y bajan en el bimbalete, y parejas de señoritas que corren por el tapiz de aquel vergel, produciendo los diferentes colores de los trajes y la mezcla informe de los objetos, un conjunto pintoresco, que no es fácil describir.

Como los jaliscienses son alegres por carácter, inútil es decir que son afectos á la música y en general á todas las bellas artes. Existen en Guadalajara una Academia de pintura, dirigida por D. Felipe Castro, alumano de San Carlos, para los varones, y en San Diego, para señoritas; hay también una sociedad filarmónica, de ambos sexos, que da mensualmente un concierto, diri-

gida por D. Jesus Gonzalez. Como artistas profesores en pintura son notables el mencionado Castro Suarez, Villaseñor, Gálvez padre é hijo y Valdéz, así como las señoritas Alejandra y Gregoria Velasco. En escultura Gálvez autor del teatro Alarcón, y D. Espiridion Carreon, que ha construido edificios de formas ligeras y elegantes, que embellecen algunas calles principales. En música Don Jesus Gonzalez, los dos hermanos Rojas y Aguirre; el primero ha formado á la mayor parte de artistas que llaman la atención, y el último es notable por la organizacion de músicas militares y su gracia en la composicion de piezas ligeras; D. Miguel Meneses posee el título de maestro por que ha formado falange con los de la capital de México, en la composicion de la música clásica ha compuesto dos óperas notables. Nada diremos de los muchos jóvenes que cultivan la literatura, y en el bello sexo descuella como la mas notable, la Señora Isabel Prieto, por sus composi-

ciones líricas y dramáticas. En general podemos decir que el cielo de Guadalaraja inspira á sus habitantes para ejercer con brillo las ciencias y las artes, así como inflama su sangre para todo lo que es movimiento y vida, haciéndolos notables en toda la República.

Existe tambien una sociedad de artes plásticas, bien organizada, de la que son sócios, no solo artistas y literatos, sino algunos particulares; semanalmente tienen sus reuniones, y se discute sobre artes y organizan las exposiciones anuales.

No debo pasar en silencio los grandes adelantos que hay en los dos colegios de señoritas, San Diego y el Hospicio. He presenciado los exámenes en ambos, y me sorprendieron los rápidos progresos que han hecho en poco tiempo. Las jóvenes fueron examinadas en física, geometría, matemáticas, cursos de historia sagrada y profana, música, dibujo y pintura, y todas causaron, como era justo, la admiracion de los circunstantes hasta humedecer algunos

párpados por el entusiasmo; algunas señoritas leyeron, el día de la repartición de premios, hermosas composiciones poéticas, escritas por ellas mismas, que arrancaron frenéticos aplausos: otras ejecutaron selectos trozos de las mejores óperas de Rossini, Verdi y Donizetti, y las mas llenaron divinamente su misión, dejando satisfecha á toda la concurrencia que asistió al acto.

El mismo tributo de admiración que pago á las señoritas jaliscienses por su talento y aptitud para los estudios en su educación secundaria, pago igualmente á las guanajuatenses, morelianas, queretanas y á todas las que he visto lucir sus talentos en las ciudades por donde he pasado.

Vamos á otra cosa.

Ya sabes que las principales ciudades de México tienen sus parques ó puntos

favoritos, donde las familias acomodadas van á pasar la estación del calor. Así como la ciudad mencionada tiene á Tacubaya, San Angel, San Cosme, Tizapan, y Coyoacan, Edenes floridos donde todo es poesía, flores, amores, bailes y placeres, así Guadalajara tiene á San Pedro, nombre de la población en donde remata uno de los tres paseos que mencioné arriba y que dista una legua de la ciudad. San Pedro es una villa corta, compuesta en su mayor parte de lindas casas de campo, preciosos jardines, huertas con toda clase de árboles frutales, y á su derredor campos de esmeralda en los que hay situadas haciendas con multitud de ganado y algunas fincas que las hacen vistosas.

En la población mencionada establecen su residencia multitud de familias en los meses de Julio, Agosto, Setiembre y Octubre, que huyen de Guadalajara para buscar el fresco y el descanso en esta época del calor. Si en los meses anteriores San Pedro era una villa silenciosa, en la que una que otra tar-

de se oía rodar una carretela y se veía una que otra persona por las calles, mas bien como fantasma en el peso de la noche, si en este tiempo, decimos, se entrara á algunas de las muchas habitaciones de las casas de campo mencionadas, se notaría un silencio pavoroso, algun raton que corría á las sonoras pisadas del visitante, las telarañas que colgaban por los rincones, algun saltapared ¹ que huía espantado, y cuando más un pobre anciano á la extremidad del edificio, especie de conserje ó guardián en la ausencia de los amos; esto sería lo único que se notaría en la época de soledad, de silencioso abandono. Pero llega el mes de Julio; la calzada del paseo es obstruida por carruajes que llevan, como pirámides ambulantes, el menaje completo de uua casa, y el criado y recamarera armados de una escoba y plumero para sacudir el polvo y alejar á las pacíficas trabajadoras, que

¹ Pajarito gris que, cantando, recorre una escala y se alimenta de arañas.

se habian encargado de tejer algunos doseles en las habitaciones. Concluye esta operacion importante, y á poco, nuevos vehículos, diferentes de los primeros, conducen á las familias y, entónces las salas que ántes sonaban con eco pavoroso por algun ruido extraño, resuenan ahora con el piano, con la risueña algarabía de los niños y el tiple melodioso de las muchachas.

Anteriormente las calles estaban desiertas; pero hoy las jóvenes y leoncitos las llenan, y en la tarde centenares de carretas tiradas por bueyes, yacen frente á las fachadas, y otras caminan ya al paseo, haciendo un verdadero contraste su forma rústica y tosca con las de las bellezas que lleva consigo. Rostros encantadores, ojos hermosísimos, pequeñas manos y gentiles talles y algunas veces descuidado el hechicero pié, son los atractivos objetos que tiene á la vista el afortunado paseante, que ya á pié ó desde su caballo, es atraído por esta pintoresca multitud. En algunas de esas carretas va la guitarra y se

canta, y casi las más llevan tras sí, á guisa de escuderos, apuestos jóvenes que cabalgan en magníficos caballos y que van mendigando sonrisas.

El paseo de San Pedro, como uno de los tres principales, tiene su época, que es la misma en que las familias están de temporada. A este paseo se traslada la concurrencia que tuvimos ocasión de ver en el de la Alameda, y además hay que agregar una multitud de carretas pertenecientes á las familias veraniegas; esta mezcla da cierto carácter extraño al conjunto porque contrasta la forma rústica de aquellas con la aristocrática de los cupés y cargas inglesas, así como el paso tardío de los bueyes, con el inquieto y brioso de los caballos.

En la fiesta del patron titular de la villa hay que ver el gentío de Guadalajara que se traslada á ella, viandando literalmente el paseo de carretas descubiertas y cubiertas, saliendo de ellas la voz de los cantores y cantoras mezclada á los acordes de una guitarra ras-

gada con salero; caballos y vehículos de toda forma, gente á pié, vendedores de todas clases de golosinas, tiendas situadas aquí y allí de frutas y refrescos, fondas, juegos, corrillos de ciudadanos alegres con el mezcal ó Tequila, 1 que ó cantan ó bailan, y barahunda, en fin, que atruena los oídos, y cuya vista heterogénea y abigarrada produce el vértigo en el paseante.

Además de los paseos de la ciudad ya referidos, hay otros campestres que son tambien atractivos, tales son los de la Barranca. Conozco dos de ellos, uno es el de una hacienda que llaman del Padre Lago, y el otro el de Portillo. Ambas situaciones son bellísimas, porque están ubicadas en la ribera del caudaloso rio de Lerma, cuyas aguas corren á veces en un cauce profundo y encajonado, elevándose en sus orillas altísimas montañas de granito cubiertas de vegetacion, en donde á porfía crece

1 Vino extraido de un maguey particular con la apariencia de agua clara.

el plátano, el naranjo, el limonero, la dulce caña de azúcar, el guayabó y otras frutas de la tierra caliente, cuyos árboles y arbustos apenas dejan penetrar los rayos del sol.

Estos puntos pintorescos se hallan á ménos de tres leguas de Guadalajara, hácia el Nordeste. A poco más ó ménos de una legua de la ciudad es una delicia contemplar la imponente perspectiva que se desarrolla ante la vista del viajero, que comienza á descender gradualmente por entre una sinuosidad de terreno, cubiertas sus veredas y laberintos de una riquísima vegetacion que llena el ambiente con su aroma, formando á veces las ramas de los árboles doseles ó cúpulas de verdura, en donde se halla entrelazada la campánula, la madreselva, el manto de la Virgen y otras enredaderas, que á veces caen en graciosas espirales que rozan suavemente la mejilla. Al paso que se adelanta, se descubre allá, en el fondo del inmenso panorama, que mas bien remeda un océano de verdura, una cin-

ta de plata: es el rio que corre majestuoso y severo, y el que, como un rey, está rodeado de toda su corte de altísimos peñascos, cortados perpendicularmente, árboles colosales, espesas selvas, flores de mil formas y colores, y el inseparable concierto de pajarillos que revolotean alegres en todas direcciones.

Por mas fria que sea el alma del que visita estos lugares encantadores, la grandiosidad de una naturaleza magnífica la conmueve é inflama de un fuego desconocido: es necesario ser insensible, casi un réprobo, para no experimentar emocion alguna á la sorprendente vista de tanta maravilla.

Y ¿qué dirémos de la famosa cascada de Juanacatlan?

Para hacer la descripcion de esta otra maravilla, confieso francamente que no hallo expresiones suficientes para encarecer su sorprendente aspecto; baste decir que se la considera en tercer lugar despues de la del Niágara.

Pocos dias hace que tuve la fortuna de visitar la cascada de Juana catlan, en

á todos, que corrimos á detenerlo.... era que poseido de una religiosa admiracion, saludaba con la cabeza descubierta aquella obra de Dios y agitaba el sombrero en los aires exhalando gritos de entusiasmo.

Mucho tiempo contemplamos esta maravilla, admirados de que el inmenso caudal de aguas del del gran rio de Lerma se precipitara á la altura de sesenta varas, formando una cortina de cristal de la anchura de doscientas, y complacidos tambien de los mil arco-iris que se formaban con los vapores.

Inútil es decir que los tres dias que permanecimos en Juanacatlan, visitamos á mañana y tarde la hermosa cascada, y varias veces trepábamos algunas alturas desde las que descubrimos preciosos panoramas y las ondulaciones que hacia el rio en su curso, que era manifesto á muy larga distancia por la mayor espesura del bosque inmediato á sus riberas.

Este paseo lo hicimos, como dije ántes, en el mes de Julio, cuando las aguas

están ya en su fuerza, así es que el campo estaba cubierto de verdor y las florecillas del césped abrian amorosas su corola. Saliamos á veces á caza de tórtolas ó liebres, casi siempre mojados por una menuda lluvia, y nos acompañaba Carolina, jóven americana, muy varonil, y que solia ser más afortunada en esa operacion.

Volvimos á Guadalajara, las señoras en sus coches y los hombres en nuestros caballos, haciendo reminiscencias de todo lo que habiamos visto.

A nuestra llegada, solamente pensé en los preparativos de mi viaje, y hoy, que todo lo tengo arreglado para marchar, he tomado la pluma para borro-nearte estos apuntes, ofreciendo continuarlos cuando llegue á mi destino.

Adios, María querida, no olvides á tu amigo.

F. S. G.